

# MUNDO HISPANICO

## LIBERTAD Y DÉSPOTISMO EN LA VIDA PUBLICA IBEROAMERICANA

La inestabilidad que viene evidenciando la historia política de Hispanoamérica a lo largo de los tiempos ha convocado distintos esfuerzos intelectuales en demanda de una explicación, y en virtud de ello sociólogos e historiadores han pedido prestadas ideas y criterios a las ciencias más variadas para buscar una «razón de la sinrazón», que representan tantas alteraciones del orden público, tantas revoluciones y pronunciamientos, tan tremendo derroche de esfuerzos humanos y sociales como recoge en su vicisitud de menos de dos siglos la vida de los países iberoamericanos.

Sin duda alguna en este como en otros muchos casos el trabajo del historiador y del político se acerca a la idea perfecta por cuanto un estudio que explique esta falta de serenidad del más inmediato pasado, servirá en la misma medida para aclararnos las posibilidades de continuación de esta inestabilidad en un futuro próximo.

Para ello, uno de los caminos practicables que pensamos seguir en estas líneas es el que marca el profesor Cecil Jane en su libro *Libertad y despotismo en América hispana*, en el que intenta aportar una serie de interesantes sugerencias para una mejor comprensión del problema político iberoamericano, analizando con nuevos criterios:

«La vida política de todos esos Estados que durante los primeros años del pasado siglo se alzaron sobre las ruinas del Imperio español» (1). «En todos ellos se han prodigado Constituciones del tipo más liberal y democrático, y en todos ellos también han surgido de tiempo en tiempo dictadores cuyo poder absoluto se ha ejercido, ya de una manera descarada, ya bajo un tenue velo de forma constitucional.

«La población de las Repúblicas hispanoamericanas —nos dice el autor— está casi permanentemente dividida en dos partidos, a cada uno de los cuales impulsa su devoción por un principio. Sostiene el uno que es la libertad,

---

(1) CECIL JANE: *Libertad y despotismo en América latina*. Versión española de Editorial Imán. Buenos Aires, 1942; pág. 13.

el otro que es el orden el más alto bien. Para uno, cercenar las facultades del Poder ejecutivo es un fin por el que debe lucharse; para el otro, lo es la exaltación de ese Poder. Para el uno, lo que más importa son los derechos del individuo; para el otro, la estabilidad del Estado.

»No se trata de que uno busque deliberadamente la desintegración de la sociedad o que el otro aspire deliberadamente a la opresión del ciudadano, sino de que uno prefiere la desintegración al terreno, y otro, el terreno a la desintegración.

»En esto estriba ese conflicto que ha constituido la vida política de esos países. No es una simple lucha de ambiciones que haya de acabar cuando las gentes hayan aprendido a contener, dentro de los límites razonables, la prosecución de sus propios intereses. No es tan sólo el resultado de una falta de experiencia en "self government", que haya de desaparecer una vez ganada aquella experiencia. Es, rotundamente, un conflicto de principios, en el que ambos contendientes son igualmente sinceros y están igualmente inspirados por la fe en un ideal. Es también, por tanto, un conflicto que sólo puede terminar cuando se haya descubierto el medio por el cual la libertad y la eficiencia, la estabilidad del Estado y los derechos individuales puedan estar simultáneamente garantizados» (2).

«La existencia —continúa Jane— en todos los países hispanoamericanos, salvo Panamá, en el Continente, y las Repúblicas isleñas, de esa contienda entre los que ponen la libertad y los que ponen la eficiencia del Gobierno por delante de todo lo demás en la esfera política, no es el resultado de circunstancias transitorias: es fruto del temperamento del pueblo de esos países, y, por consiguiente, debe buscarse su origen en época anterior al descubrimiento del Continente por Colón; no en el Nuevo Mundo, sino en el viejo, y no en las propias Repúblicas, sino en su Madre España.

»Acaso no se dan hoy bastante cuenta en Europa de que el Imperio español en América era, a la vez, el más grande, el más duradero, y en muchos aspectos, el más notable que el mundo ha visto hasta ahora. Se extendía desde el norte de San Francisco hasta el sur de Buenos Aires; encerraba dentro de sus límites Méjico y toda la América central, y una gran parte, tanto de Sudamérica como de las regiones meridionales y occidentales de los actuales Estados Unidos. Perduró sin ninguna importante merma territorial unos trescientos años; hecho que es aún más singular si se recuerda que durante la mayor parte de ese período España estaba en decadencia, que fué derrotada en guerra tras guerra y que sus posesiones americanas sufrían el asalto de ingleses, franceses y holandeses.

---

(2) JANE, Ob. cit., pág. 30.

«Ni es del todo fácil darse cuenta de hasta qué punto, mientras duró su Imperio, imprimió España en él sus propias características esenciales, o de que exista hoy entre ella y sus hijas en el Nuevo Mundo un lazo espiritual que se ha fortalecido, en vez de debilitarse, por el hecho de que el antiguo lazo político haya sido definitivamente cortado. Dió España a sus dominios al otro lado del Atlántico todo cuanto podía darle, y sus dones han sido conservados vivos por aquellos que los recibieron. En todas las tierras, desde Río Grande a la Tierra del Fuego, con la importante excepción de Brasil e insignificante de Honduras británica y de las Guayanas, es hoy española la base de toda cultura. En todas esas tierras el español es la lengua oficial, literaria y comercial; salvo en el Paraguay, en una gran parte de Bolivia y en algunos remotos distritos de otros países, es también el lenguaje del trato corriente para la gran masa de la población. La educación y las costumbres de las gentes de esas Repúblicas son, en último término, de origen español. Si en las grandes ciudades y entre las clases ricas de la sociedad se viste según los modelos de Londres o París, es, sin embargo, de España de donde la inmensa mayoría de los habitantes de esos países, incluso los mujeres, derivan la inspiración para su indumento personal. También es español el credo religioso dominante: las especiales características del catolicismo español están fielmente reproducidas allí. Hasta el agnosticismo que allí surge es más bien el agnosticismo de España, que no el de Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, pues tiene un matiz político que no se encuentra en aquellos países. Toda la orientación intelectual de los hispanoamericanos tiene un rastro que, en definitiva, arranca de España. Es cierto que esa orientación ha sido constantemente modificada por condiciones de vida distintas y ha estado sometida a influencias no españolas; pero sus rasgos fundamentales provienen, sin embargo, de aquella tierra que dió a América sus primeras escuelas y su más vieja Universidad» (3).

«Los españoles llevaron también al Nuevo Mundo sus ideas políticas, y en toda tierra que conquistaron y poblaron se reprodujo aquel especial problema político que ha perturbado a la propia España a través de las edades. Ese problema ha obsesionado igualmente a los pueblos hispanoamericanos: su orientación política, no menos que la intelectual, ha sido determinada por su origen español. Aquí también puede admitirse que algo ha manado de otras fuentes. Las repercusiones de la Revolución francesa se sintieron en la América española: los artículos de las Constituciones de las Repúblicas están, en muchos casos, formulados en una fraseología hartó familiar para el que haya leído discursos pronunciados en la Asamblea Constituyente y en

(3) JANE, Ob. cit., pág. 33.

la Convención, o que haya ojeado un poco la literatura de folletos que fluyó, con inagotable caudal, de las prensas del París revolucionario. La forma de las instituciones establecidas en esos países es, en gran parte, inglesa, copiada directamente de Inglaterra, o indirectamente, a través de los Estados Unidos. Pero no es ni en París, ni en Londres, ni en Washington donde se ha de encontrar el verdadero origen de la orientación política de la América española. La expresión verbal de las ideas podrá ser francesa; las formas por las cuales se trata de convertir esas ideas en acción podrá ser inglesa; pero las ideas mismas, su encubierto espíritu, todo lo que puede convertir las palabras en algo más que mero verbalismo y que da vitalidad a formas que si no estarían muertas, es español» (4).

Para el profesor Jane es por razón de la influencia española por lo que existe en la vida americana un perenne conflicto entre el amor a la libertad y el amor a la eficiencia que existe en España desde mucho antes de que Colón cruzase el Atlántico y que los españoles no pudieron por menos de llevar a las tierras que fueron a poblar, ya que desde los más remotos tiempos el amor por la libertad individual y por la independencia local ha sido instintivo en la raza española; el esfuerzo individual y local ha sido fuente de las más gloriosas hazañas del pasado español, y un fuerte localismo llega a ser el rasgo más característico de España, y especialmente del Reino de Castilla, y ese localismo y esa propensión por la libertad individual hubiera podido impedir la organización de España en un Estado único, de no estar contrarrestado con otro sentimiento igualmente fuerte, innato y permanente:

«La razón española se ha inclinado siempre a rendir culto a la eficiencia en todos los aspectos de la vida. a aplaudir de todo corazón a cualquier actor que en el escenario de la vida pública desempeña su papel con eficacia, no importa cuál sea ese papel y no importa cuál sea el resultado de la eficacia de su actuación. Por lo tanto, a los que están dotados de manifiesta capacidad se les ha rendido siempre una admiración cordial y espontánea» (5).

«En España, la capacidad política llena ese papel que puede asignarse a la caridad: puede cubrir, en verdad, una multitud de pecados. La misma raza que tan apasionadamente adora la libertad es la que está más pronta a admirar el despotismo y someterse a él» (6).

Más adelante el propio autor nos indica en qué medida se han hecho

---

(4) JANE, Ob. cit., pág. 34.

(5) JANE, Ob. cit., pág. 39.

(6) JANE, Ob. cit., pág. 46.

estas dos características punto importantísimo en la vida pública iberoamericana.

«Forzados a vivir casi siempre —nos dice— en un aislamiento completo, en una tierra donde con frecuencia tenían que defenderse contra indios hostiles, y donde el brazo de la Justicia llegaba con dificultad a las comarcas lejanas, los hispanoamericanos se hicieron aún más individualistas que los españoles de España. Se sentían aún menos inclinados a buscar el bienestar de la comunidad, puesto que cada uno de ellos apenas se sentía parte componente de aquélla.

»Abandonados a sí mismos, tendían a vivir para ellos mismos y a crear una situación de constante intranquilidad. Parecía, en verdad, que la concesión de una libertad efectiva acarrearía un perpetuo desorden, y que en aras de la conservación del edificio social, la libertad individual tenía que ser cercenada.

»Así, se vino a presentar, con respecto a la libertad del ciudadano, la misma situación que se había presentado respecto a la autonomía local. En ambos casos se tropezaba con la misma dificultad para armonizar la libertad con la eficacia. El problema de lograr esa armonía era el fundamental con que se enfrentaban las Repúblicas; su vida política no ha sido sino un continuo intento de alcanzar su solución. El tiempo transcurrido desde que consiguieron su independencia ha sido un período de incesante forcejeo hacia el logro de esos dos ideales, cuya realización constituye la apasionada ambición de la raza, y cuya consecución simultánea ha parecido siempre del todo inasequible» (7).

En la misma medida, un tradicional idealismo de raíz hispana hace que los hispanoamericanos sean decididos partidarios de la eficiencia, y por este camino se abre paso en ellos la tendencia a la eficacia propia de los españoles.

Veamos lo que a este respecto dice Cecil Jane:

«Confianza en el ideal y fe son los dos factores que determinan la actitud de los hispanoamericanos en todas las cuestiones políticas. Creen que la perfección es asequible, y no se contentan con nada que no alcance a ser perfecto. Tienen fe en sí mismos y en su futuro; una fe a prueba de todos los desengaños y de toda la desilusión del período de independencia. Porque tienen esa fe no les contenta ningún régimen que no les dé a la vez el máximo de libertad y el máximo de eficiencias. Los creen realizables simultáneamente, y continúan frente al problema de su realización, sinceramente; convencidos en su interior de que se alcanzará su solución.

---

(7) JANE, Ob. cit., pág. 115.

»No parece que tengan ninguna razón para ese convencimiento. Se creería que la libertad a que aspiran no es más que desorden, y la eficacia nada más que despotismo. Se creería que la historia de todos los países muestra que en este imperfecto mundo los hombres tienen que contentarse con algo menos que el ideal. Se creería que su esperanza es locura y que su fe es vana. Pero los hispanoamericanos tienen que permanecer fieles, quieran o no, a su convicción, a su esperanza y a su fe. Porque nacen de ese idealismo político que es inherente a la raza» (8).

De aquí, por tanto, la dificultad y la complejidad del problema político al que se ven enfrentados los pueblos de Hispanoamérica, que fácilmente puede deducirse del hecho de que en ninguna parte del mundo se ha encontrado una solución que satisfaga estas contrapuestas aspiraciones y de que ninguna experiencia política ha logrado realizar simultáneamente los ideales de libertad y eficiencia. De aquí que todos los sistemas existentes de organización del Estado puedan ser víctimas de objeciones si se le somete al apuntado criterio español, puesto que ninguna logra la realización de los ideales, pero la fe de la raza es duradera, a la vez que fuerte, y por esto continúa a la búsqueda del ideal, y por eso, todo lo que sea inferior, sigue siendo inaceptable, y cuando se aconseja a los hispanoamericanos que imiten las prácticas políticas de los Estados Unidos es posible que se trate de un consejo saludable, pero lo que es cierto es que no ha de ser seguido, pues el hispanoamericano no se siente inclinado a abandonar su ideología tradicional, y al dar consejo de este tipo, se olvida de que los hispanoamericanos se preocupan tan sólo de buscar medios para un fin y de que los principios a que rinden culto son cosa mucho más alta que el principio de representación o el principio de democracia, por lo que las Repúblicas hispanoamericanas tendrán que buscar su propia solución para un problema político que es exclusivamente suyo, y si es que pueden encontrarla, sólo lo conseguirán conservando perseverantemente entre ellos sus propios ideales y prosiguiendo la lucha para alcanzarlo.

»La causa más fecunda —dice— no ciertamente de la pugna entre los partidos, la cual es consecuencia de un vigoroso sentido político y de un ardiente anhelo del ideal, sino de las luchas desordenadas, hay que buscarla en el espíritu de localismo. Las comarcas, aisladas unas de otras, se sienten mutuamente recelosas y hostiles, y las aisladas de la sede del Gobierno central están siempre propensas a sospechar que no se cuida de sus intereses. El desarrollo de las comunicaciones proporciona un infalible remedio contra el excesivo localismo al poner a las distintas regiones en contacto unas con

---

(8) JANE, Ob. cit., pág. 210.

otras, y con el Poder central, facilitando un intercambio de población. El aislamiento de los individuos es una causa más de violencias y luchas. Los hombres, forzados a vivir aparte de sus semejantes y a defenderse por sí mismos, no tienen ni ocasiones, ni la tendencia de pensar en sus deberes para la sociedad como un todo, puesto que apenas se sienten miembros de esa sociedad. En todo país de escasa población, esos casos de aislamiento tienen que ser necesariamente frecuentes: casos de hombres henchidos de un fogoso amor de la libertad individual, que llega a ser irracional y raya con la pasión por la turbulencia desenfrenada. El crecimiento de la población pone a cada uno en más estrecho contacto con sus prójimos. Sirve para sugerir un amor más ordenado de la libertad al crear nuevos lazos entre ellos y al fomentar un sentido de interdependencia, un espíritu de cooperación y el convencimiento de la comunidad de intereses.

»Carreteras, ferrocarriles y aumento de población contribuyen tanto más a promover una marcha tranquila hacia el ideal, cuanto que, naturalmente, tienden a fomentar la prosperidad material» (9).

«Todo avance hacia un mayor desarrollo económico contribuye a domeñar ese espíritu de inquietud y rebeldía, natural en los que no tienen nada que perder por el desorden.

»El aumento ininterrumpido de la prosperidad, con el consiguiente aumento de capital, no pueden menos de contribuir a una mayor calma. La raza seguirá buscando la solución de su problema político; pero lo buscará menos borrascosamente, aunque no con menos sinceridad.

»Por tales medios es como las Repúblicas hispanoamericanas pueden avanzar hacia su meta. No es cuestión de imitar los métodos extranjeros de gobierno. Es materia de importancia secundaria el que sus Gobiernos revistan una forma autocrática o democrática; y acaso no es más que mera vanidad anglosajona suponer que las instituciones creadas por la raza inglesa son las más adecuadas para conseguir el verdadero progreso de todos los países. El Gobierno no es, después de todo, más que un medio para un fin: sólo es deseable aquella forma que contribuye a ese fin. Los hispanoamericanos se han dado perfecta cuenta de esa verdad: para ellos, más que para ninguna otra raza, los procedimientos son mucho menos importantes que los resultados de la gobernación. Su ferviente deseo es conseguir eficiencia hermanada a la libertad. Luchan por un ideal que es suyo propio: el ideal de eficiencia y el de libertad, tal como ellos las entienden. Porque el ideal es suyo, los métodos para conseguirlo deben ser suyos también. No pueden

---

(9) JANE, Ob. cit., pág. 221.

aprenderlos de ningún otro pueblo, porque ningún otro pueblo persigue el mismo ideal.

»Sólo pueden llegar a su propia meta siguiendo su propio camino.

»Si esa meta llegará a ser alcanzada, si se encontrará ese camino, es imposible asegurarlo. Si el éxito coronase la empresa, la hazaña sería más gloriosa que ninguna otra en los anales de la Humanidad. Probaría que la perfectibilidad del hombre no es un sueño, y que una institución humana perfecta no es una mera ilusión. Aunque el triunfo no se lograra nunca, el presente es aún magnífico y el futuro aún brillante.

»Para los que tienen ojos y ven está hoy desarrollándose el espectáculo de una raza que avanza, luchando con toda el alma, hacia la realización de sus ideales; de una raza que no se contenta con menos que con lo mejor. En lo futuro proseguirá ese espectáculo. Los hispanoamericanos están lanzados por un cauce del cual no han de apartarlos los obstáculos puestos en su camino, ni la burlona incredulidad de otros pueblos. Como han sido, seguirán siendo: fieles a sí mismos. Porque arde en ellos esa fe que, en el pasado, condujo la cruzada contra los moros a un remate triunfal, que hizo posible la conquista y la civilización de vastas tierras por un mero puñado de hombres y que en estos últimos tiempos ha creado múltiples naciones florecientes y progresivas.

»Por una raza así inspirada, todo puede ser realizado en lo porvenir: su fe es de las que mueven las montañas, y para los que la poseen nada puede ser tenido por imposible» (10).

El hecho de que la ideología de un país de especiales características geográficas y humanas haya sido durante tres siglos fundamento creador de civilización y repertorio de ideal para la vida de una comunidad, infantil a una realidad geográfica totalmente diferente, es, sin duda alguna, trazo muy importante en la configuración de la vida política hispanoamericana. Libertad y eficacia, ideal buscado a lo largo de los siglos por los habitantes del Castillo Hispano, han sido también los instrumentos con los que los pueblos de América se han lanzado a la realización de su propio porvenir. En esta irreprimible tendencia hacia el ideal que subsiste al choque cotidiano con la realidad está una de las características más importante de la vida pública iberoamericana que preside la variedad y la complejidad, constituyendo un conjunto de experiencias de extraordinaria originalidad.

---

(10) JANE, Ob. cit., pág. 224.



## SINTESIS Y MESTIZAJE

Pero no hay que olvidar un detalle importante. Cuatro grupos raciales, blancos, indios, mestizos y negros conviven en mayor o menor proporción en Iberoamérica, sin que exista entre ellos ningún género de discriminación racial, a la manera de Norteamérica. En principio, las cuatro razas están en presencia en cada una de las veintiuna naciones, aunque existen países en los que abundan de una manera extraordinaria y otros en los que prácticamente no existe más que una sola raza; pero, aun en estos últimos, no se puede hablar ni de raza ni de origen nacional de una manera unitaria en el modo y siguiendo las técnicas con que podríamos hacerlo en Europa, pues cada una de las nacionalidades iberoamericanas son en gran medida consecuencia de un proceso de síntesis de un complejo fenómeno, por el que se han ido creando una nueva forma de vida en la concurrencia de una serie de factores etnológicos, demográficos y geográficos. Los elementos de tipo estático autóctono y doctrinales, esto es, lo que con mayor y mejor derecho pueden llamarse americanos, se han ido fundiendo progresivamente con las aportaciones de sucesivas emigraciones hasta producir un fenómeno geopolítico de doble vertiente. De un lado, la cristalización nacional de una serie de tipos (el argentino, el mejicano, el venezolano); todos ellos fruto de una experiencia nacional y síntesis de una serie de características nacionales, y al mismo tiempo un nacionalismo continental, que no tiene ninguna característica explosiva y negativa como el europeo, sino «un nacionalismo afirmativo vital, positivo en todas sus facetas» (11); basado, principalmente, en el hecho de que mientras en Europa la frontera es natural y va obedeciendo ya a un determinado sistema orgánico y espiritual, en Iberoamérica es una simple convención jurídica, una delimitación que no se ajusta a las conveniencias y necesidades políticas, ni a la realidad espiritual y económica de los Estados.

Mientras que en Europa los pueblos originan y construyen los Estados, en Iberoamérica el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras Cortes o circunscripciones artificiales. Mientras que un nacionalismo europeo tiene que vencer formidables barreras naturales históricas y etnológicas, para establecerse un nacionalismo continental americano encuentra fácilmente los caminos en un origen común, en una experiencia muy parecida y en una serie de posiciones que aproximan y asemejan a los distintos pueblos. Aun cuando se puede establecer una gran diferencia entre la América de los

---

(11) Véase el número extraordinario de la revista *Cuadernos*, 1955.

indios y de los mestizos y la América de los emigrantes, el sentido dinámico de la unión de razas y nacionalidades, la carencia casi absoluta de rasgos distintivos, y por el contrario, los elementos dinámicos que propugnan una identidad en las actitudes de los americanos, aun cuando pertenezcan a distintas nacionalidades, hace mucho más fuerte el general sentido de identificación continental y es causa de no pocas contradicciones en el planteamiento de la vida pública de las naciones.

En la emigración de personas de distintas nacionalidades, que podría haber servido para acentuar diferencias, no ha evitado esta característica de unidad, y aun cuando ha existido una emigración italiana, principalmente hacia Argentina, una alemana hacia Brasil y Chile, una vasca en Chile, una francesa e inglesa en Méjico, una japonesa y china hacia lo largo de la costa del Pacífico, todas estas razas, en otras circunstancias contrapuestas, se unifican y se vertebran en grandes orientaciones de acción común.

Por otro lado, la evolución política de Iberoamérica sigue en cada caso las propias trayectorias que marca una serie de fuerzas consideradas; de un lado, la propia evolución de la realidad de cada país; de otro, las influencias extranjeras determinadas por la presencia en el país de unos intereses norteamericanos o europeos, dotados de un sentido económico, pero con numerosas ramificaciones en el ámbito de la vida política. En no pocas ocasiones esta experiencia política es contraria a los más firmes fundamentos de la actitud ideológica de la nación o a las creencias o intenciones del pueblo o a las circunstancias que la política va determinando en los países inmediatos, y de aquí que grandes colisiones y confusiones marquen en determinado momento este desarrollo de la vida pública.

#### GEOGRAFÍA DE LA LIBERTAD E HISTORIA DEL DESPOTISMO

Un francés, Jean Descolá, nos dice en la última parte de su obra *Los conquistadores* (12), que la Alianza de España con el Nuevo Mundo ha sido sellada con sangre, y, efectivamente, no sólo las guerras feroces contra Imperios primitivos de extraordinaria crueldad, sino también un destino adverso, del que no faltan las luchas entre los propios españoles, va jalonando las primeras páginas de la Historia de América. Y entonces podemos considerar cómo desde esta antigüedad americana, que para los europeos forma parte de su Historia Moderna, se dejan ver dos sugerencias: de un lado, el obs-

---

(12) JEAN DESCOLA: *Les conquistadors*. Librairie Fayard. París, 1954.

táculo tremendo de una geografía ilimitada, de climas implacables, grandes desiertos, altitudes casi insalvables, en las que el hombre siente, casi como en ninguna otra parte, el imperativo de la libertad, y en contraste, la necesidad de mantener un orden para que la leve sombra humana que se dibuja en el centro del inmenso paisaje se haga realidad de permanencia y no sea absorbida por la enorme fuerza que la rodean. De aquí también las dos tendencias; en la superación del obstáculo, en el triunfo sobre la guerra y sobre la muerte, el hombre aprende a tener conciencia de sí mismo, de sus inmensas posibilidades, de su facultad para emprender y realizar increíbles epopeyas; de aquí el nacimiento y desarrollo de un sentimiento de libertad como quizá no lo hayan comprendido jamás las Constituciones europeas, como es posible que jamás lo conciban los revolucionarios franceses, lanzados a poner en práctica las ideas de la Enciclopedia, y como, desde luego, no podrán haber atendido jamás los colonos norteamericanos, irritados por un aumento en el precio de su té.

En la misma medida que el marco geográfico impone esta nueva dimensión de libertad, la necesidad de permanecer obliga a plantearse las exigencias de la eficiencia despótica, y en cierto modo, de esta necesidad de permanecer, y de las especiales características de la tradición hispánica en América surge el latifundismo iberoamericano, de factura totalmente española en su concepción y una de las causas más importantes de la inestabilidad y el desequilibrio de la vida americana.

La tradición de la inmensa posesión agraria, más o menos estéril, que en gran medida ha sido un peso en la vida y en la organización social española, se incorporan igualmente al Mundo Hispánico, haciendo más ricos a los terratenientes y más ociosas las tierras, pues para Iberoamérica la consolidación del latifundio nacional es una consecuencia de la independencia, que pidiendo prestada su ideología antifeudal a la Revolución francesa, y reuniendo en confuso montón toda clase de aspiraciones y tendencias (13).

---

(13) La oposición de intereses entre España y las colonias llevó a los criollos a tomar conciencia de su nacionalidad como lo habían hecho los jesuitas. La ocupación de la Península por los «herejes» de Napoleón, fué el pretexto para la rebelión, que fué emprendida, al principio, con el objeto de conservar fielmente los virreinos para el rey legítimo, retenido en Bayona por el emperador francés. Pasaron años antes de que los rebeldes se atreviesen a llegar a las últimas consecuencias de sus actos y afirmasen claramente su independencia. Por otra parte, esta independencia significaba para ellos la subida al Poder de la oligarquía de terratenientes. Los indios y los negros fueron juguete de los dos bandos, los indios del lado de los ejércitos del rey y los negros del lado de los rebeldes. Sólo los criollos tenían una tradición gubernamental que

vino a constituir el nacimiento de una nueva oligarquía, que, en cierto modo, es a la vez un feudalismo atrasado en el tiempo y una consecuencia de inestabilidad.

El latifundismo hace que en gran parte de la historia iberoamericana el labrador permanezca sometido a los hacendados. A fines del siglo XIX, en la mayoría de los países habían desaparecido los terrenos comunales y casi nadie tenía ganado suyo; no había escuelas y no se tenía la posibilidad de abandonar los pueblos; solamente los artesanos en las aldeas podían aspirar a una cierta elevación de su nivel de vida. El caciquismo (la misma idea de la eficiencia despótica que hemos señalado anteriormente) llenaba totalmente la vida de las provincias, y los caciques eran sucesivamente el instrumento de todos los regímenes y de todos los partidos que ocupaban el Poder.

En el mismo sentido, una libertad a la que le viene corta la Ley y un despotismo al que le viene demasiado ancha, hacen que los principios constitucionales con los que inaugura su vida pública el mundo recién independizado sean completamente incumplidos, una vez más, aquellos preceptos que debían establecer los cauces por los que habría de desarrollarse una sociedad, quedan totalmente abandonados.

#### CAUDILLOS Y OLIGARCAS

Una observación final nos demostrará cuál es el estado del problema en el momento más importante de la historia social y política de Iberoamérica, la entrada de los intereses industriales europeos y norteamericanos en el mundo ibérico: de hecho, a lo largo de la Historia que va desde la independencia a la segunda mitad del siglo XIX, la oligarquía y el caudillismo han sido las dos fuerzas entre las que ha oscilado el poder político, y es fácil advertir cómo mientras que la oligarquía se ha mantenido fiel a la eficiencia despótica, el caudillismo ha sido, en gran parte, resultado de la entrada de la clase media en la vida política, paralelamente de la intervención del mestizo en la política, y en gran parte, actuación inspirada en la libertad. En general, casi todos los caudillos son liberales e incluso libertarios en su actuación; casi todos ellos son partidarios de la abolición de la esclavitud, e incluso hasta en los más crueles y siniestros, como el boliviano Mel-

---

les venía del uso de sus poderosos consejos municipales: los cabildos. Como los burgueses franceses, cuando reivindicaron el poder político, poseían ya lo esencial del poder económico. VÍCTOR ALBA: *El Movimiento Obrero de América latina*. París, 1953.

garejo, hay un intento de dar paz y prosperidad al pueblo. De este contraste es curioso observar que mientras que el caudillo es siempre un fenómeno episódico, las oligarquías son una realidad permanente, y que cuando el caudillo logra alejar el fantasma de la transitoriedad, es fundamentalmente por su alianza con la oligarquía, con la que la figura del caudillo cede paso a la del dictador, totalmente diferente, y en la que la idea de libertad ha cedido paso en muchas ocasiones al más manifiesto despotismo.

#### LIBERTAD Y DESPOTISMO EN LA AMÉRICA DE HOY

Aspecto poco estudiado de la historia política y social americana es el del impacto indirecto del imperialismo industrial europeo y norteamericano en la vida de Centro y Sudamérica. Aunque en uno y otro la penetración de los intereses extranjeros ha provocado una marcada hostilidad, un fomento del antiimperialismo y, en cierto modo, del antieuropeísmo, es evidente que esta especial manera de entrar en la vida industrial de los pueblos iberoamericanos ha causado un considerable impacto, principalmente dando a esta idea de libertad nuevas formulaciones democráticas y cambiando de una manera notable estas fundamentales actitudes iberoamericanas, pero en la misma medida se puede decir que la libertad y el despotismo siguen vivos en la vida política iberoamericana de nuestro tiempo, en cuanto una informa las actitudes de todos aquellos grupos que desde criterios revolucionarios intentan rectificar las grandes contradicciones de la sociedad democrática iberoamericana, y en la misma medida, las ideas oligárquicas siguen siendo un reflejo de este remoto despotismo constante en la historia política iberoamericana. A él es atribuible la convivencia de los despotismos oligarcas con el imperialismo industrial de las grandes sociedades extranjeras; en la misma medida el mantenimiento del problema agrario y las dificultades con que tropieza toda política que intenta plantear su acción sobre las bases más amplias posibles de justicia social.

Es curioso señalar cómo en gran medida las oligarquías iberoamericanas representan las mejores aliadas no sólo del imperialismo extranjero y de la gran industria americana o europea, sino también de toda aquella fuerza política que implica el mantenimiento de las contradicciones básicas de la vida iberoamericana y de la injusticia general que afecta a su desarrollo.

Aplicando con más detenimiento este esquema, veremos en qué medida se desarrolla una colaboración entre las oligarquías y el comunismo en cuanto

ambos tienen un mismo objetivo respecto del problema capital de la América de hoy y que es el de la unidad iberoamericana; tanto a los comunistas como a las oligarquías de los diferentes países les interesa todavía que la solidaridad iberoamericana no se consolide ni se desarrolle mientras que en realidad la tendencia más razonable hace aparecer como deseable la unidad de todos los pueblos iberoamericanos.

### LIBERTAD E INTEGRACIÓN

Volvamos a coger el primitivo razonamiento con el que iniciamos estas páginas: Amor a la libertad y amor a la eficiencia han sido las dos actitudes claves de la vida pública iberoamericana y han presidido su peripecia y su contradicción, su fecunda realización y su dolorosa injusticia. Libertad y despotismo deben también incorporarse ahora como todos los demás sentimientos, razones y características que desarrollan su síntesis en Iberoamérica realizando de una manera absoluta la canalización de todas las fuerzas en los distintos países y la adecuación de todas las mentalidades hacia la consecución de la unidad entre los pueblos iberoamericanos, haciendo real, por tanto, un objetivo que ha sido muchas veces meta de discursos y planteamiento de variada y gran elocuencia pero que merece, por su urgencia y su necesidad, convertirse en auténtica meta de la vida americana.

Recientemente un suelto de la revista venezolana *Política*, publicó un artículo en el que desarrollaba esta idea que ahora exponemos en las siguientes palabras, que pueden perfectamente servir de colofón a nuestro trabajo:

«Las nacionalidades latinoamericanas tienen una base geográfica y un suelo histórico comunes. La unidad de su destino y su solidaridad vienen determinadas por componentes genéricos —físicos, humanos y culturales— cuya acción aparece en las mismas diferenciaciones regionales que afloran en la vasta extensión continental. Los problemas de fronteras adentro, aparentemente circunscritos y típicos, en cuanto se escarba un poco dejan al descubierto su raíz americana. Las tragedias políticas de cada país tienen distintos protagonistas, pero siguen una línea de fuerza que se hace ostensible en los demás. Las alternativas de la lucha son múltiples y variadas, pero una misma es la aventura y su impulso animador. La solidaridad latinoamericana no es, pues, un ensueño ni una devoción falsa, sino atmósfera histórica y camino, imperativo que se desprende de la secular supeditación económica, política y espiritual a poderes foráneos...

»A esta altura de la Historia, cuando pueblos siempre enervados en el co-

loniaje van entrando, uno tras otro, en posesión de sí mismos, con todas las adversidades y convulsiones que ello comporta, Latinoamérica tiene la responsabilidad de forjar su futuro, pero también el deber de evadir los riesgos que ciento cincuenta años antes no podía vadear. Ahora no hay por qué trocar los amos. La posibilidad de ser plenamente libres está ante nosotros. Una posibilidad que se da y sólo puede realizarse dentro del ámbito de la solidaridad de los pueblos del Continente» (14).

RAÚL CHÁVARRI PORPETA

---

(14) Revista *Política*, Caracas, junio de 1960. Citada por VÍCTOR ALBA en su artículo «Obstáculos a la unidad iberoamericana», publicado en el núm. 48 de la revista *Cuadernos*. París, mayo de 1961.

